

Murcia. Veintiséis de junio de dos mil diez. Lunes. Ocho y media de la mañana. Comienza el Campeonato de España Infantil de golf. Yo estoy allí, como participante, dispuesta a darlo todo, a jugar bien, a divertirme y a ganar. Demasiados objetivos y demasiado difíciles, pero posibles. Allí estoy yo con mi sonrisa de oreja a oreja y con un rotulador permanente poniendo el nombre a mi bola para distinguirla del resto. Me nombran para que comience. Es curioso, es el séptimo año que juego este torneo y estoy igual de nerviosa que la primera vez. Respiro hondo, me coloco a la bola y le pego. Empieza la fiesta.

Seis horas después estoy en la habitación del hotel. Mis padres están hablando acerca de cómo han ido hoy las cosas, el primer día de campeonato. Aún quedan dos días de competición. De momento voy en segunda posición, es más de lo que esperaba, sin embargo, el torneo no ha terminado, con lo cual mi posición actual no es relevante. Me paso la tarde matando el tiempo y aburriéndome, no tengo mucho que hacer, mis amigos todavía no han acabado. Me voy a la cama con mil ideas y estrategias en mente. Cuando creo que me va a explotar la cabeza, me quedo dormida.

Veintisiete de junio de dos mil diez. Martes. Dos de la tarde. Mala hora para mí, hace muchísimo calor, eso no me va nada, no estoy acostumbrada. Empiezo a jugar realmente bien, sin cometer fallos y pegando golpes alucinantes. Las dos rivales que juegan conmigo empiezan a fallar, les entran los nervios y no les sale el día. Yo estoy tranquila y sigo a lo mío. Cada vez se va incorporando más público, más amigos, pero también gente que no conozco. También se van incorporando niñas pequeñas que compiten en categoría benjamín. Me hace gracia, hace años era yo la que admiraba a las mayores. Oigo a la gente hablar entre ellos: "¿Quién va ganando?" "¡La enana!", pero no presto atención, no pienso en lo que ocurre alrededor, solo en meter la bola en el agujero. Me da igual cómo, la cosa es que entre.

Seis horas después vuelvo a estar en la habitación del hotel. Ya ha acabado la ronda de hoy y por increíble que parezca voy primera. Siempre dicen que el último día el que gana acaba perdiendo, pero yo tengo buenas sensaciones y creo que ya es hora de que alguien rompa la tradición. Mañana puedo ganar o perder todo. Decir que estoy nerviosa es poco. Pero sé que si no duermo no rindo. Así que duermo.

Veintiocho de junio de dos mil diez. Miércoles. Tres de la tarde. Bueno, hoy me he pasado la mañana matando el tiempo de compras, comprando regalos para mis amigos. Ahora estoy de nuevo, con mis pantalones amarillos y mi polo azul. Mi bolsa de golf también es amarilla, color poco común, ya que dicen que da mala suerte. Mi profesor de golf me dijo que si iba de amarillo perdería por un golpe. Pero a mí me encanta llevarle la contraria, así que... ¡A dar el cante! Me siento muy bien, pero evidentemente me he pasado con el amarillo. Bueno, pues ahí estoy yo, muy nerviosa por dentro pero aparentemente tranquila por fuera. Me nombran, pongo la bola en el suelo y me preparo para darle. Siento las miradas de la gente clavadas en mí, respiro hondo y hago un intento de tranquilizarme. Entonces le doy a la bola. Le pego muy bien y la dejo exactamente donde quiero, buena señal. Voy haciendo el recorrido y voy ganando a mis dos compañeras de partida. Probablemente vaya primera, pero no sé cómo van el resto de jugadoras. Estoy jugando muy bien y me

noto confiada. Hago un último hoyo espectacular y la gente me aplaude. Cuando lo acabo mi madre viene donde mí. Me sonrío, me da un abrazo y la enhorabuena. Le pregunto si he ganado y me dice que no. Al parecer una niña que no iba jugando en mi partida hoy jugó espectacularmente bien y hemos empatado en el primer puesto. Eso significa que hay que desempatar y se me cae el alma a los pies porque estoy agotada. Siempre me han gustado los desempates, pero cuando los veía en la tele, no cuando yo tenía que formar parte de ellos. Las reglas son simples, es a muerte súbita, la primera que pierda un hoyo queda eliminada. Empieza el desempate y con él, los nervios llegan a hacer que me entren tics. Lo que me faltaba. Espero no ser la única. En un momento dado, mi bola está a doce metros del hoyo, la suya tan sólo a dos. Si la meto y ella la falla gano. Sé que todo el mundo está pensando que perderé, y yo comparto su opinión. Las palabras de mi profesor se me meten en la cabeza "perderás por un golpe, ni se te ocurra ir de amarillo". Llevo mucho tiempo llevándole la contraria, ahora no va a ser menos. No los creo, ni a él ni a la mayoría de mis amigos que piensan igual que él. Me coloco, nadie se mueve. Entonces me imagino que estoy entrenando con mis amigos, me imagino que estoy con ellos una tarde después de clase. Me convengo de que soy capaz, de que lo he entrenado montones de veces y le doy a la bola. La veo rodar, recta, al hoyo, va bien, sé que va a entrar. Y entra. Parte de la gente me mira como si fuera extraterrestre, parte me aplaude, mis amigos gritan mi nombre. Mi rival está blanca, se ha quedado mirando al hoyo en el que está mi bola como si sólo fuera un mal sueño. No es capaz de concentrarse. Falla. Voy donde ella y la felicito a pesar de todo, es una buena amiga. Muchas caras conocidas y otras totalmente desconocidas vienen a darme la enhorabuena, veo caras y más caras y oigo cientos de felicitaciones. Mis amigos me abrazan y sonrien y veo la cara de felicidad de mis padres. Al cabo de un rato me dejan sola, ahora es cuando tengo un momento para mí misma, me doy cuenta de lo que ha pasado, de que este es mi momento y que no me lo quita nadie. Por fin lo asimilo todo, me caigo al suelo y me echo a llorar. Es el día más feliz de mi vida. Soy la campeona de España.